

Historia de dos ciudades: Kattegat y Hedeby en la serie *Vikings*

Patricia Andrea Malone

UNLPam

pam_1970@hotmail.com

FREE



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución - No Comercial - Compartir Igual) a menos que se indique lo contrario. 1

“Era la mejor de las épocas, era la peor de las épocas. La edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero nada teníamos, íbamos directamente al cielo y nos perdíamos en sentido opuesto.”

Charles Dickens. *Historia de dos ciudades*

Introducción

Este trabajo se propone explorar la representación histórica y sociocultural de dos ciudades que aparecen en la serie *Vikings*, desarrollada por el showrunner Michael Hirst para la señal de televisión The History Channel y la plataforma Netflix, entre 2013 y 2020. La serie narra el surgimiento del mundo escandinavo tras la toma del monasterio anglosajón de Lindisfarne en la Alta Edad Media durante el verano boreal de 793 y en una expedición de pocos guerreros liderada por Ragnar Lothbrok (interpretado por el actor australiano Travis Fimmel). Los episodios cuentan, durante seis temporadas, el apogeo y caída de Ragnar; luego siguen las peripecias y venganzas llevadas a cabo por sus cinco hijos y, finalmente, la llegada de los vikingos a Vinland, la tierra soñada por su abundancia en la actual América del Norte.

Antes de continuar, debe precisarse que el presente trabajo combinará metodológicamente el análisis serial de base de los discursos, a partir de la comprensión de que se trata de dos códigos con sus especificidades (lenguaje e imagen), que constituyen a su vez el programa con formato de envíos seriados, con los registros históricos que provienen del pasado (por ejemplo, la Gesta Danorum debida a Saxo Gramático en la duodécima centuria) y del presente.

Las ciudades son Kattegat y Hedeby. La primera de ellas es un lugar mítico, una construcción ficcional imaginada por Hirst y su equipo de fotografía para recrear los puertos y bosques de la antigua Noruega, ubicada en territorio de los fiordos que abrigan a los barcos a fin de asegurar tanto la pesca como las expediciones de conquista o defensa. Acta aut inventio: hecho o invención, sentenciaban los romanos, y en este caso la invención del lugar opera como elección y puesta en acto de los fenómenos históricos ficcionalizados.

Hedeby¹, en cambio, fue un mercado importante hacia el año 770, cuando las flotas vikingas se preparaban para invadir los reinos de Anglia Oriental y robar los tesoros de sus iglesias: el capítulo 2 de la primera temporada muestra, como se ha dicho, al célebre Ragnar Lothbrok y sus huestes saqueando el monasterio de Lindisfarne el 7 de junio de 793, para dar fin a la Edad de Hierro escandinava y posicionar a los pueblos del Norte en la historia de Europa.

Estamos en presencia de dos ciudades que adquirirán relevancia en el transcurso de las seis temporadas de la serie, aunque con desenlaces diversos. Pero lo interesante aquí es establecer una mirada especular de los dos poblados nórdicos del pasado, para hallar rupturas y continuidades que expliquen, desde una perspectiva disruptiva de la ficción, el desarrollo de la historia vikinga, sus transformaciones políticas y socioeconómicas principales y la cosmovisión que les confirió sentido a estos procesos.

Puede pensarse como hipótesis de trabajo que si Kattegat es una ciudad que llega a disfrutar de la prosperidad del través del comercio y los intercambios culturales, no es tanto por su privilegiada ubicación geográfica (aun cuando hablemos de pueblos que buscaban sitios algo más templados donde crecieran cereales y pudiera paecer el ganado) como por la fuerte organización política que hizo posible, por un lado, la navegación, y por otro, la cristalización de una adecuada administración del poder y los cruces de fronteras. Este fue un fenómeno que el historiador y arqueólogo sueco Neil Price (2021) ha tomado de Richard Braithwaite y ha llegado a nosotros con el término “hidrarquía”, como se verá más adelante.

Vikingos en el tiempo

Cuando se revisa la documentación disponible, se observa que los hombres y mujeres del Norte aparecen caracterizados como sujetos históricos a partir de dos fuentes principales diferentes. La primera son las Sagas y Eddas; sin extendernos demasiado en un tema complejo y vasto, ambas son

¹ Hoy, Hedeby se ubica en el norte alemán y se conoce como Haithabu.

fuentes de procedencia literaria oral, con los matices ricos y a la vez, con los problemas de autenticidad que esto genera. La segunda tiene que ver con los textos históricos, que se deben principalmente a los árabes (Ibn Fadlan) o a los monjes cristianos (Saxo Gramático, 625)². Además de ser libros, crónicas o descripciones teñidos de impresiones subjetivas, en el segundo caso se trataba de autores con intencionalidad religiosa manifiesta. Valga un ejemplo: las batallas y expediciones vikingas contaban con mujeres entre sus filas. El noveno libro de Saxo Gramático detalla cómo Ragnar o Regnero se enamoró de Lagertha al apreciar su bravura en medio de un combate (Saxo Gramático, I, IX, 625). Judith Jesch (1991) corrobora la presencia de estas skjälmo en algunas lides, aunque también minimiza la importancia en número y estrategia militar, que estaba a cargo de los hombres. Esto asevera Jesch sobre la mirada de Saxo Gramático acerca de las guerreras: “As a Christian, a cleric and a man, Saxo did not approve of women warriors, that much is clear. Like many a churchman, he saw only one possible role for women, that of a sexual being”³. (Jesch, 1991, p.178).

En una mirada al sesgo de los documentos antiguos, se puede coincidir con Jesch en que la perspectiva de lo bélico asociado a lo femenino hace que Gramático presente a Lagertha o Latgerta como prueba de la brutalidad escandinava. En la cosmovisión medieval cristiana resulta inconcebible que una mujer, criatura frágil en todo sentido, tome las armas y que una cultura conformada por “los otros” naturalice estos hechos, por lo que esto brindaría un argumento contundente a favor de la conversión religiosa de los nórdicos.

Otro problema para los realizadores de Vikings fue la cuestión diacrónica: ¿cómo presentar el surgimiento del “terror de Europa”, su expansión marítima y territorial, las cuantiosas batallas y la fusión con el cristianismo en 89 episodios de aproximadamente 45 minutos de duración, y en relativamente pocas temporadas (terminaron siendo seis, como ya se ha dicho)?

Michael Hirst resuelve la cuestión de una manera interesante: por un lado, apela a los arcos de los protagonistas y a la potencia visual para revelar la vida vikinga en el día a día, esto es, el aspecto sincrónico, y por otro, para “acortar”, o mejor dicho, condensar los sucesos históricos principales o el aspecto diacrónico en aproximadamente una centuria: el pillaje en el Báltico, la entronización de Ragnar Lothbrok en Kattegat, invasiones a Anglia Oriental y Wessex, lucha contra Mercia en alianza con el rey anglosajón Egbert (Linus Roache), expediciones y derrota en París, caída de Ragnar y apoteosis de sus hijos llevan unos ciento veinte años.

El año preciso de la ejecución del rey Aelle, según la documentación disponible, es 867 (Griffith, 2004). Parece improbable que los hijos de Ragnar tuvieran el mando de un gran ejército como en la serie para poder llevar a cabo la vindicta por razones biológicas: entre la guerra, las pestes, el deseo de luchar para ir a ese paraíso bélico que era Valhalla y no sufrir la ignominia de morir en la cama, la vida promedio de un vikingo rozaba los cuarenta años. Resulta cuanto menos, problemático, inferir que los hijos de Lothbrok habrían llevado a cabo la venganza tan tardíamente en el tiempo cronológico. Y otro mito que surge del anterior es el terrible castigo conocido como “águila de sangre”, la muerte reservada a traidores y alevosos, que en Vikings se ve por primera vez contra Jarl Borg (T2, E7) y luego aplicada contra el mencionado Aelle (T4, E8). Paddy Griffith (2017), historiador militar británico, deconstruye este así tipo de prácticas:

Los rapsodas originales cantaban que, una vez muerto el monarca, su cuerpo había sido abandonado; y usaron la metáfora “dejado como pasto de las águilas” (que podrían haber sido cuervos, cornejas o buitres, aves también apreciadas por los poetas nórdicos). Tales imágenes literarias eran muy usuales por aquel tiempo, y no hay razón para creer que nada inusitado hubiese ocurrido, más allá del hecho de que Aella encontró la muerte en circunstancias que ni hoy hemos acertado a dilucidar. En efecto, una de las principales funciones de los escaldos era, precisamente, la búsqueda de figuras ingeniosas (denominadas “kennings” [agudezas]), destinadas a cubrir los sucesos más simples y cotidianos bajo el manto de oscuros y sonoros acertijos. Los ulteriores transcritores de las sagas conocían este proceso, pero ello no impidió que malinterpretasen la poética imagen del rey Aella convertido en

² “Entre ellas estuvo también Latgerta. Mujer experta en la guerra que, llevando en la virgen un coraje viril, luchaba la primera entre los más prestos, sueltos sus cabellos sobre los hombros. Admirando todos sus incomparables acciones –pues la cabellera, vista volar sobre su espalda, revelaba que era una mujer. Regnero, una vez muerto el matador de su abuelo, preguntó insistentemente a sus camaradas acerca de la joven a la que había distinguido en los primeros puestos, reconociendo que su victoria se debía a las fuerzas de una sola mujer. (Saxo Gramático, Tomo I, Libro IX: 625). Fascinado, Ragnar mandó a pedir la mano de la doncella, pero ella no consintió el matrimonio sin antes ponerlo a prueba: dejó en su puerta a un perro implacable y a un oso descomunal; Ragnar estranguló al primero y luego ultimó al segundo. Solamente así Lagertha abrió las puertas de su casa.

³ “Como cristiano, clérigo y hombre, Saxo no aprobaba a las mujeres guerreras, eso está muy claro. En su carácter de eclesiástico, él sostenía solo un rol posible para las mujeres, el de seres sexuales”.

carroña, y aceptasen, a ojos cerrados, que tenía una forma de águila labrada en su piel – o esculpida con sus intestinos –. Y que, quizá, sus joviales y salvajes ancestros habían restregado sal por estas heridas antes de que falleciese. La historia creció y creció, y los escritores de sagas subsiguientes dieron por sentado que el suplicio del “águila sangrienta” era una práctica vikinga habitual. (Griffith, 2017, p. 44).

No obstante ello, el showrunner Michael Hirst acude a la potencia de las *kenningär* allí donde ellas le proporcionan elementos valiosos para contar su historia. Cuando no, son los textos antiguos los que le brindan apoyatura crítica rigurosa para construir personajes y acontecimientos. El show entra, en definitiva, en la viscosa y discutible categoría de entretenimiento, con todo lo que ello implica, y el autor expresa la idea de trascender esta presión de la industria cultural bajo la siguiente premisa:

Los vikingos siempre han sido ‘los otros’ (...). Los vikingos fueron los últimos paganos, y su era terminó cuando todos los países de Escandinavia se convirtieron al Cristianismo (...). La serie no juzga si este final fue algo bueno o malo, solo intenta dramatizar, entender, ponerse en la piel de las gentes de una época diferente, gentes que todavía pueden hablarnos directamente. (Pollard, 2016, pp 5-6)

Era la mejor de las épocas

Cuando el entonces conde⁴ Ragnar Lothbrok desembarca en Anglia Oriental el 7 de junio de 793 y ataca Lindisfarne, instituye un salto histórico en la llamada “Era Vikinga”, un pueblo conformado principalmente por suecos, noruegos y daneses. La expedición de Lothbrok inaugura algo diferente: no son solo objetivos militares ni acciones de pillaje sino una nueva entidad política que no se parecía en nada a la tranquilidad de los granjeros de Suecia o del futuro Danelaw instalado en tierras anglosajonas, ni tampoco a las amplias comunidades que vivían de la pesca y la caza de ballenas, sobre todo en los mares de Noruega.

En *Vikings*, Ragnar aparece representado con una estilización ética y estética importante. La serie actualiza con este héroe el concepto de hidrarquía, que se extendería desde Dinamarca hasta Islandia, y luego desde Groenlandia hasta las tierras de la Península del Labrador, en la actual Canadá. Aunque la serie confiere importancia a las batallas por la conquista de París, y establece que la derrota nórdica fue posible en la tercera temporada merced a la traición del hermano de Ragnar, Rollo Lothbrok (Clive Standen)⁵, los documentos prueban que los pueblos del septentrión europeo causaron un daño superlativo a la corona franca. Así lo explica Neil Price:

El asombroso catorce por ciento de toda la producción monetaria del Imperio franco durante un siglo se evaporó en gastos por las extorsiones vikingas, sin que ese gasto produjera ningún beneficio y con el agravante de que, en muchos casos, ni siquiera bastó para apaciguar a los vikingos. Para colmo, además, se dieron a los escandinavos grano, ganado, productos agrícolas, vino, sidra, caballos y otros bienes como parte de los acuerdos para evitar sus ataques – literalmente, se les pagó para que no hicieran nada– y, por supuesto, cuando sí atacaban, esos eran también los bienes que destruían o saqueaban. (Price, 2021 p.366)

Ese caos que sembraron no era, con todo, para nada algo librado al azar. No se trataba, para empezar, solamente de hombres armados: también había mujeres (pocas o muchas) que peleaban a la par y llevaban consigo a los niños de la familia, pues así lo han confirmado los hallazgos arqueológicos del presente⁶. Los ejércitos eran además multiétnicos, tal como demuestran las investigaciones isotópicas que indican origen y género de los restos exhumados allí (Price, 2021). Miles de personas del Norte provocaban el pánico en Inglaterra y Francia, y no cabe suponer que se trataba simplemente de meras incursiones de saqueo y destrucción. Era una manifestación, entre tantas, del funcionamiento de la hidrarquía: un sistema bélico y político donde “no hay líderes

⁴ *Jarl* era entre los nórdicos un título equivalente a conde. Solamente un rey tenía más señorío en posesiones o soldados y autoridad que ellos.

⁵ Un berserker o guerrero imponente por su fuerza, estatura y técnica de lucha.

⁶ Ricas sepulturas y túmulos funerarios, entre ellos el cuerpo de la “guerrera de Osenberg”, dan cuenta del hallazgo de esqueletos femeninos junto a enseres como peines y alhajas, pero también lanzas y escudos. Estos descubrimientos dieron por tierra con el que se consideraba un mito: el de las skjälmo o doncellas escuderas. Pues bien, ellas existieron y no solamente lo registra la serie con los personajes de Lagertha (una shieldmaiden bravia y poderosa), Torvi y Gunhild, además de muchas otras que pelearon junto a ellas.

supremos con los que negociar (nunca hubo un rey pirata, como es lógico), ni estructuras estatales a las que oponerse ni, de hecho, tampoco una organización formal contra la que luchar” (Price, 2021, p.374). Las tropas tomaban a menudo decisiones militares en forma colectiva, y eran varias “hermandades” que se dividían en flotillas que zarpaban con diferentes vientos. Lo interesante es que tenían una verdadera cohesión interna y a la vez con límites, y siempre resultaba posible una fluctuación y labilidad en cuanto al número de guerreros. (Price, 2021). Esta flexibilidad fue la que preparó a los pueblos de Europa septentrional para la exploración territorial y para tener objetivos diferentes. Uno de ellos, según suponen los historiadores, era el comercio báltico, que pronto se reveló más redituable que el pillaje. Pero también lo fue la Ruta de la Seda, que la serie explora en su sexta y última temporada a través de Ivar the Boneless (Alex Høgh Andersen), el hijo menor y más cruel de Ragnar, a la vez que uno de los estrategas militares más notables de esta historia.

La serie prefigura entonces la irrupción de la diáspora vikinga, y cómo ciudades junto al mar como Kattegat podían aprovechar tanto la fluidez de estos ejércitos como la organización interna aspectada hacia el comercio, la geopolítica de los intercambios con el Este de Europa, las aventuras que esperaban a las “gentes de la bahía” (eso quiere decir la voz vikingr) hacia el Oeste y la administración flexible pero certera en lo político. Cuando Ragnar Lothbrok halló la muerte al ser arrojado al foso y mordido por serpientes para que Aelle, rey de Anglia Oriental⁷, cumpliera su temprano juramento de venganza, Kattegat ya estaba muy lejos de ser una aldea de pescadores y granjeros. “Cómo gruñirían los cerditos si supieran la desgracia del jabalí, cuando escuchen como sufrió el viejo cerdo”, pronuncia Ragnar con sus últimas fuerzas (T4, E15), y los “cerditos”, sus cinco hijos, son anoticiados sobre la muerte del padre por el mismo dios Odín, que ha tomado forma humana para este doloroso cometido. Ragnar, desde los inicios, se decía descendiente de esa divinidad, y la aparición de Odín no solo confirmaría sus dichos, sino que también habilitaría lo mágico, lo sobrenatural en convivencia con la cotidianidad humana, lo asombroso e imposible junto a los asuntos humanos del homo faber. Así era el mundo de la Alta Edad Media: una tierra en la que convivían perfectamente lo extraordinario con lo trágico o lo trivial de cada día.

Pero ¿qué ocurrió con Hedeby, la ciudad pujante a la que la escudera Lagertha (encarnada por la actriz canadiense Katheryn Winnick) huye cuando no acepta el segundo matrimonio de Ragnar con la reina Auslaug?

El personaje que actúa entonces como vaso comunicante entre Kattegat y Hedeby es el de esa famosa doncella escudera y primera esposa de Ragnar. Ella parte a Hedeby cuando su marido lleva a Kattegat a la reina Auslaug (Alyssa Sutherland), quien está esperando un hijo del líder nórdico. Aunque entre los vikingos eran muy comunes los matrimonios poliginicos⁸, según Neil Price, “con jerarquías internas de estatus relativo entre las diversas esposas, y no es ni mucho menos de esperar que se nombre a la ‘primera esposa’ en inscripciones que, a menudo, nos hablan de herencias y reivindicaciones territoriales” (Price, 2020, p.130), Lagertha no acepta la decisión de Ragnar y se va con Björn, el hijo de ambos, quien con doce años de edad ya era adulto en esa cultura y capaz de tomar sus propias decisiones. El viaje hacia Hedeby ha comenzado, y con él, una sucesión de traiciones, venganzas y desatinos amorosos que parecen poner en la picota a la ciudad que, según la historia, era una de las más importantes en el acontecer vikingo junto con Birka y Kaupang, ambas omitidas sugestivamente de la serie por decisiones creativas. Sí aparece Vestfold como tercera población relevante, una urbe noruega que es el cuartel de guerra del rey Harald Finehair (Peter Franzén) y un escenario importante en los acontecimientos posteriores a la muerte de Ragnar.

Más allá de la autonomía de la que Lagertha disfrutaba, hay preocupaciones y trabajos políticos de estadista en esa mujer: gestiona por el alimento para su pueblo y el reaseguro del puerto; insiste en Wessex por tierras fértiles para los suyos y vela por los colonos mientras le es factible hacerlo; pelea incluso contra los enemigos internos de los anglosajones a fin de obtener más territorio para sembrar; se obsesiona con la conquista de una ciudad extraordinaria como París; y vuelve a tomar la espada, a pesar de sus dolores corporales y espirituales, cuando cree necesario proteger a su gente y a su familia, hacia el fin de sus días.

Era la peor de las épocas

Se puede apreciar gracias a la iluminación espacial que Hedeby tiene un salón más pequeño que

⁷ Aelle, un rey voluble y apegado a los dogmas cristianos, había jurado capturar y matar a Ragnar para vengar la muerte de su hermano, a quien el nórdico había intercambiado como prisionero de guerra. Aunque Ragnar Lothbrok no quiere la muerte del pariente real, se ve obligado a ultimarle cuando Aelle entrega un falso tesoro por el rescate del otro. Así pretende burlar a los guerreros del Norte, incapaz de creer en que Ragnar ejecutará la sentencia prometida, pero los de Lothbrok le llevan el cadáver de su hermano en un caballo. Esto causa la furia de Aelle, y el posterior juramento de tomar represalias.

⁸ En Islandia se conocían con el desagradable eufemismo de bi-fruar, esto es, ‘mujeres-extra’ (Price, 2021).

la casa condal de Kattegat, con mobiliario más rústico, poca luz y otra disposición más simple en los tablonces de roble que servían para sostener el techo. Estos detalles no son menores, pues indicarían desde el montaje fotográfico que la socialización tiene otros objetivos. En las salas se realizaba el convivio, las fiestas y muchas veces, el consejo gubernamental llamado thing. Pero también allí, al calor del fuego, se planeaban las expediciones veraniegas de expansión y se tejían alianzas políticas (no siempre fructíferas).

Esta importancia de la dimensión del salón se corresponde además con el tipo de poder ejercido en cada ciudad: mientras en Kattegat los járls o reyes mantienen en general un ejercicio de la autoridad equilibrada y justa (al menos, hasta la llegada al gobierno de Ivar), aunque siempre susceptible a la traición, en Hedeby no es la espada o el hacha de guerra sino el puñal el arma omnipresente a la hora de tramar conspiraciones, asesinatos, sublevaciones o actos de felonía. No hay estabilidad política estructural en Hedeby, y la serie sugiere que sus habitantes pagan las consecuencias.

Otra constante allí es la violencia de género, ya que el segundo esposo de Lagertha la golpea e intenta forzarla sexualmente. Al fin, su marido es ultimado por Einar (Steve Wall), un noble que pronto revela sus planes de matar a la doncella escudera para hacerse del trono. Pero Lagertha lucha con denuedo por conservar el poder, y cuenta en apariencia con la ayuda del conde Kalf (Ben Robson), quien sin embargo se presta a intrigas palaciegas aprovechando la ausencia temporal de la soberana por el reino anglosajón. Lagertha se cobrará esta deslealtad asesinando el día de la boda entre ambos: ha prometido matar a Kalf, pese al arrepentimiento en apariencia sincero del rey consorte, y no puede faltar a la palabra empeñada.

Una vez asegurada su posición en el trono de Hedeby, Lagertha se desplaza nuevamente a Kattegat, como lo ha hecho en anteriores oportunidades, para seguir los planes de guerra ideados por Ragnar. Pero ahora su gran sueño es recuperar Kattegat, y no vacila en matar a Auslaug para alcanzarlo y también cobrar revancha: “Ella me quitó todo. Ella es la usurpadora” (T4, E14), será su escueto discurso de justificación luego de cometer el magnicidio. A partir de ese momento, Lagertha no descansa hasta proveer a la ciudad de defensas militares sólidas e impartir justicia apelando al bienestar de los habitantes, quienes no la han olvidado y están felices con su nueva soberana (al parecer, la antecesora no había puesto el mismo celo en los asuntos de gobierno). A partir de allí, y tras la muerte de Ragnar, el retorno a Hedeby será esporádico y solo cuando necesite provisionarse de un ejército para combatir a Ivar, el hijo de Lothbrok que detesta a Lagertha y ha jurado vengar el crimen de su madre Auslaug con mayor saña que sus hermanos.

La muerte tan sanguinaria cuanto absurda de Auslaug (en el sentido en que la víctima no pretendía ser una amenaza política para la guerrera y solo pedía marcharse en paz), realizada además por la espalda, puede sorprender como acción deleznable en un personaje que tiene el status épico de Lagertha: a fin de cuentas, la doncella escudera es una estadista y combatiente de primer nivel, madre de un rey legendario como Bjorn (Alexander Ludwig) y leal excónyuge de Ragnar Lothbrok. Sin embargo, y según explica el semiólogo e historiador Régis Boyer (2020), el camino de no tomar represalias contra Auslaug era renunciar a la idea que cada quien tenía de sí en la cultura vikinga y sobre todo con relación a la virtud familiar. “Destino- honor- venganza: sobre este triple eje se desarrollaba la sutil dialéctica de la sed de independencia y del sentido colectivo” (Boyer, 2020, p.341). De allí se desprende la dimensión ética y religiosa de la reina de Hedeby: no elude el destino mortal que le espera a manos de los hijos de Ragnar por la caída de Auslaug, pero para ello tiene que vengar antes el desorden que ha significado el ruptura con Lothbrok.

Pero volviendo a Hedeby, ya han quedado en evidencia las formas protervas y bestiales del autoritarismo. Mientras Kattegat es la ciudad de los trabajos de amor perdidos, Hedeby adopta, desde el punto de vista de Lagertha, una perspectiva del exilio y la traición constante. El patriarcado feroz que allí se ejerce, diferente a la relativa libertad de las mujeres del septentrión europeo simbolizada en lugares ficcionales como Kattegat⁹, pone en guardia pronto a la guerrera para salvar su pellejo y el

⁹Si bien no siempre podían elegir el marido, las mujeres vikingas sí podían solicitar el divorcio, aunque las causas eran pocas y los motivos podían dar origen a miles de venganzas por parte del afectado. (Boyer, 2020). La violación de una mujer libre, por ejemplo, era un delito imperdonable y causal de muerte inmediata para el agresor, sin necesidad de testigos e independientemente del estado civil de la víctima; no ocurría lo mismo con las esclavas, aunque la manumisión de las mismas era posible y relativamente sencilla de realizar. Podían luchar junto a los hombres si se preparaban para tal fin, como hemos visto, y de acuerdo a la serie, poseían cierta libertad sexual que estaba vedada a las cristianas. En cambio, no tenían derechos políticos firmes, aunque Judith Jesch (1991) menciona a varias reinas escandinavas en su trabajo.

Se puede afirmar sin temeridad, por lo expuesto, que las vikingas (más allá de los trabajos y los días en un lugar arduo para la supervivencia y con movimientos continuos) podían disponer de una cierta soltura y libertad en comparación con las mujeres de Europa meridional. En *Vikings* Judith, el gran amor del rey Egberto y madre del futuro monarca Alfredo el Grande, es la excepción entre las cristianas, pues Egberto desea que estudie la pintura de los libros sagrados y escucha su consejo en decisiones de gobierno.

del hijo, y la inclina hacia Kattegat o el poblado en crecimiento que siempre estuvo en su corazón y en sus planes geopolíticos. De allí su continua exigencia de tierras para formar el llamado Danelaw en Wessex; y tal vez por esa razón, Ragnar le oculta que el gran asentamiento inicial fue destruido por el hijo del rey inglés Egberto (Linus Roache).

Hedeby, en cambio, parece disponer en la serie de tierras abundantes y más feraces. Para Boyer (2020), la ciudad danesa tenía un notable parecido con Birka: acuñaba moneda, estaba dividida en barrios que se correspondían con las diferentes profesiones (zapateros, fabricantes de peines) y hacia el año 800 de comenzó su esplendor por el comercio entre Frisia y el Báltico. En una paráfrasis del semiólogo galo, fueron grandes viajeros de otras tierras como Adan de Bremen, el rey Aethelweard – en el siglo X– y el cronista Al Tartushi (hacia 950) quienes se detienen para describir tanto las particularidades asombrosas del comercio en Hedeby, como también para destacar el elevado poblamiento de esa urbe (Boyer, 2020).

La primavera de la esperanza: breves consideraciones finales

Los días felices terminaron para Hedeby hacia 1050, cuando el rey Harald III de Noruega propició un incendio de grandes proporciones que la destruyó; hacia 1066, el pueblo de los vendos arrasó con lo que quedaba todavía en pie. Pero para Boyer, Hedeby

fue un típico wik que dependía estrechamente del comercio exterior y cuya caída coincidió con el agotamiento de la plata árabe (...) Es interesante señalar que la decadencia de Hedeby, descrita como una especie de meca del comercio escandinavo por los famosos viajeros Ohthere y Wulfstan, coincidió exactamente con el final de la Era Vikinga.” (Boyer, 2020, p. 295)

En la serie, Hedeby ofrece una mirada en espejo con relación a Kattegat, que no cae pero ve afectado su poder real hacia el desenlace y se prepara para la diáspora de Ubbe Ragnarsson hacia las tierras del Oeste: Groenlandia, Islandia y finalmente, Vineland en la actual Península del Labrador.

Hedeby se mantiene en Vikings como referencia de las tareas agrícolas y militares; es notable cómo Lagertha siempre tiene allí a disposición un ejército de doncellas escuderas sumamente fieles a la hora de luchar o de ejercer la defensa de un territorio, y también un reservorio de soldados dispuestos a acompañarla en todas sus incursiones. Sin embargo, Hedeby, a diferencia de Kattegat, no experimenta la necesidad de los viajes hacia lo desconocido ni la aventura o el deseo de fama. Tal vez allí radique la copresencia de elementos agrícolas antiguos de la Edad de Hierro junto a los artesanos y comerciantes, mientras el ficticio Kattegat noruego se dispone a abrirse al mundo. Es que Hedeby no ha podido construir una idea política de lo común, de lo gregario más allá de las individualidades; Kattegat, en cambio, ha articulado lo político de un modo sangriento pero finalmente eficaz, que le permite la expansión de la hidrarquía y la diáspora final. Los excesos políticos allí están mucho mejor controlados, y hay un equilibrio entre las aspiraciones individuales y los intereses correspondientes a la polis: de allí su fortaleza y también su supervivencia, aunque ya no sean los tiempos de esplendor del gran Ragnar Lothbrok.

Todo lo sólido se desvanecerá en el aire, y lo líquido, azaroso, contingente, va a consolidar hegemonías provisionales en otras tierras, bajo la bandera del cristianismo y la transformación de la hidrarquía establecida antaño en el Norte europeo.

Referencias bibliográficas

- Boyer, R. (2020). *Los vikingos*. El Ateneo.
- Jesch, J. (1991). *Women in the Viking Age*. Boydell and Brewer Ltd.
- Hirst, M. (2016). *Prólogo*. En Pollard, J. *El mundo de Vikings*. Norma.
- Griffith, P. (2017). *Los vikingos. El terror de Europa*. Ariel.
- Price, N. (2021). *Vikingos. La historia definitiva de los pueblos del Norte*. Ático de los Libros.
- Saxo Gramático[S.XII] (2013). *Historia Danesa. Gesta Danorum. Libros I-IX*. Miraguano.